

# ¿QUIÉN SOY YO?

**Antonio Medrano**

“¿*Quién soy yo?*” He aquí la pregunta que nos asalta acuciante, a veces de modo incluso angustiante, en los momentos críticos de la vida, planteándonos el interrogante de nuestra verdadera naturaleza, del sentido de nuestra vida, del origen y destino del ser que constituimos. Pregunta ésta, tan sencilla como profunda, que, empleada de forma intencionada y metódica, figura como elemento clave en toda vía de realización espiritual.

Un maestro japonés contemporáneo, en un libro que lleva precisamente por título “*Watashi ga dare ka?*” (¿quién soy yo?), ha podido afirmar que todo el secreto de la doctrina Zen se halla contenido en esa escueta fórmula interrogativa. Son muchas en la historia del Zen las anécdotas que nos hablan del empleo por los maestros de esta fórmula, bajo una u otra variante, como poderosa palanca para provocar en el discípulo el despertar interior. Así, al acercarse Nagaku al sexto patriarca, fue recibido con la siguiente pregunta: “¿Qué es eso que viene así hacia mí?”, pregunta a la que Nagaku tardó ocho años en encontrar la respuesta adecuada. En cierta ocasión, el maestro Sekito preguntó a su discípulo Yakusan: “¿qué estás haciendo aquí?” A lo que éste último respondió: “no estoy haciendo nada”. La réplica de Sekito fue inmediata: “¿quién es entonces ese que no está haciendo nada?”. Observación que provocó en Yakusan el *satori*.

En la tradición hindú, la repetición intensa y sistemática de tal interrogante sobre el propio ser constituye la técnica que se conoce con el nombre de *vichara* ; término que significa “discriminación”, y que alude al conocimiento discriminante entre la Realidad y lo irreal, entre el Yo real y el yo ilusorio. Ramana Maharshi recomendaba a uno de sus discípulos: “Prosigue la indagación *¿quién soy yo?* Inexorablemente. Analiza tu personalidad entera. Trata de descubrir por donde empieza la idea del Yo”. A otro de sus devotos que le interrogaba sobre como conseguir la salvación, el gran yogui de nuestro siglo respondía: “Por una incesante pregunta dirigida a ti mismo: *¿Quién soy yo?*, llegarás a conocerte a ti mismo y con ello alcanzarás la salvación”.

Es toda una empresa de búsqueda y hallazgo interior lo que tal pregunta conlleva. La empresa que encontramos como núcleo del esoterismo cristiano. “Búscate y encuéntrate”, era el consejo que daba Jakob Böhme, incitando a plantearse, de un modo u otro, semejante interrogante. Lo más necesario –decía– es “buscarnos a nosotros mismos antes de buscar el adorno terrenal”, y aprender así cual es nuestro verdadero hogar. Y acto seguido, aclarando que tal tarea no tiene nada que ver con el análisis psicológico, aclaraba que dicha búsqueda debía efectuarse no “en el reino terreno”, sino teniendo a la vista “el reino de Dios”, “el *misterium* divino y celestial”. Los hombres, decía Claude Saint-Martin, se ahorrarían muchos errores y sufrimientos “si lejos de buscar la verdad en las apariencias de la naturaleza material” (como pretenden hacer la ciencia moderna y la civilización individualista del confort), se determinasen a “descender en sí mismos”, tratando de “explicar las cosas por el nombre, y no el

hombre por las cosas”; pues “es en él mismo y en la antorcha que le acompaña –añadía el teósofo francés- donde el hombre debe encontrar sus consejos y todas sus luces”.

Formularse la pregunta “¿quién soy yo?” es romper la costra de condicionamientos, prejuicios e ilusiones que recubren los ojos del alma y nos ocultan nuestra propia realidad. Es ir directamente al centro, al fondo de nuestro ser, a la raíz misma de nuestra vida. Al plantearnos tan decisivo y enigmático interrogantes –tan enigmático como insoluble por medio de nuestros habituales mecanismos mentales, lógicos y racionales- nos situamos cara a cara frente al misterio del ser, pasando por encima de los estereotipos, esquemas conceptuales y opiniones insustanciales entre los que se desenvuelve la vida diaria. Traspasamos el telón engañoso de lo que en la doctrina hindú se conoce con el nombre de *nama-rupa* (el nombre y la forma) o como *shin-jin* (la mente y el cuerpo) en la tradición extremo-oriental; esto es, los elementos constitutivos y característicos de la individualidad. Se trata, ni más ni menos, de aquél “ver en la propia naturaleza” de que habla el Zen; o, dicho de otro modo –y para expresarlo en términos propios de la tradición occidental-, de la puesta en práctica de la célebre norma apolínea “conócete a ti mismo”.

Vivimos habitualmente una vida demasiado superficial, en la que el continuo sucederse de hechos intrascendentes atraen nuestra atención hacia la periferia, impidiéndonos encarnar la realidad que tenemos más a mano y que para nosotros es prioritaria: nuestra propia realidad personal. Nuestra posición social, nuestro prestigio y buen nombre, nuestro bienestar y seguridad, nuestras ocupaciones y preocupaciones nos tienen demasiado atareados para permitirnos mirar lo que se oculta tras tales fenómenos y constituya su base y raíz. Todo ello nos lleva a identificarnos con lo que de más irreal hay en nosotros; con la superficie de nuestro ser: nuestra individualidad, nuestro yo efímero y contingente. “El hombre común -escribe Hubert Benoit- vive únicamente en función de su Ego, pero no se pregunta nunca a sí mismo sobre su Ego”. En otras palabras: el hombre ordinario, que jamás se ha interrogado sobre lo legítimo o ilegítimo de sus pretensiones egotistas, vive ciego con respecto a sí mismo, esclavizado por el yo, cegado por ese mismo yo que pretende afirmarse por encima y a costa de todo.

Nuestra vida es una permanente esclavitud a nuestro yo individual. Esclavitud tanto más tiránica, violenta e indestructible cuanto que reposa sobre un substrato subconsciente. La tiranía del yo se afianza en la medida en que la aceptamos inconscientemente y con complacencia; nos aferra tanto más cuanto menos es examinada y reconocida. Más aún: la ignorancia egolátrica que nos domina, nos hace creer ilusoriamente que en esta tiranía de nuestro yo radica nuestro bien y nuestra libertad. No hay peor esclavitud que la del que está convencido de ser plenamente libre en medio de la abyección de su estado servil.

Si queremos lograr la verdadera libertad, y, con ella, la plena realización, hemos de romper semejante círculo vicioso y acabar con esta situación; pues en la identificación con el yo está la raíz de todo mal y de toda ignorancia. Para llegar a ser libres hemos de encontrar la verdad que se encierra dentro de nosotros –“la verdad os hará libres”, enseña la doctrina evangélica- y descubrir lo que realmente somos. Como dice el Abad Stéphane, en una reciente obra, de la máxima altura, en la que se exponen algunos aspectos de la doctrina metafísica cristiana, “el

peor error es confundir nuestra esencia verdadera -nuestro <<Si>> inmortal- con nuestro ego perecedero” (Traducimos por *Si*, la voz francesa *Soi*, pronombre reflexivo que hace referencia al Absoluto, al Principio trascendente). Y pocas herramientas hay tan poderosas para poner fin a semejante situación como la autoindagación de que tratamos. La pregunta “¿quién soy yo?” actúa aquí como una espada tajante, fulmínea y luminosa, que corta de un golpe el nudo gordiano que atenaza nuestra existencia.

Cualquier situación es buena para plantearnos la pregunta. Especialmente propicios son aquellos momentos en que nuestra alma se ve sacudida por una u otra razón, en sentido favorable o desfavorable. Cuando nos asalte una preocupación, suframos una humillación, nos invada el temor o la angustia, nos aflija un dolor físico o moral, nos domine una sensación de desbordante alegría, despierte en nosotros una sensación de triunfo o aliente una esperanza, es la hora de hacer surgir en nosotros la radical interrogación. Preguntémonos, situando como objeto de indagación el sujeto que somos: ¿quién es el que sufre? ¿quién se ve acosado por la ansiedad? ¿quién es realmente el que se ve angustiado, abatido y humillado? ¿en quién despierta el miedo? ¿quién eres tú que te afanas por ganar la vida y prosperar siempre más y más? ¿quién es este ser que siente el aguijón de la ambición, de la ira, del odio, de la envidia, o en el que despunta el amor, la compasión, la buena voluntad? ¿qué individuo es éster que experimenta esta sensación de felicidad, que se siente orgulloso y triunfador? ¿quién el que siempre responde: *yo*?

Yasutanni-roshi, célebre maestro zen de nuestros días, aconsejaba tener siempre presente, durante las horas del día, esta enigmática pregunta: desde el despertar por la mañana hasta el momento de ir a dormir por la noche; al andar, al comer, al trabajar, al hablar, al descansar, al lavarse, al afeitarse, etc.... “Esta forma dinámica de autointerrogarse –decía- constituye el camino más rápido hacia la autorrealización”. Y Sri Ramakrishna, el iluminado santo hindú de la era moderna, observaba a este respecto, con su sabia palabra: “Aun cuando estemos cegados por toda clase de deseos mundanos, puede surgir en nosotros la pregunta: *¿quién soy yo que gozo de todo esto?*. Ese puede ser el momento en que comience la revelación del secreto.

Ni que decir tiene que la pregunta de que tratamos no tiene por qué ser formulada verbalmente, articulada con palabras sonoras e inteligibles. Como bien observara Ramana Maharshi no se trata de un *mantra*, en el que lo esencial es la repetición de unas determinadas palabras con un determinado ritmo. Ha de ser ante todo y sobre todo un interrogante existencial, que se haga presente como incógnita vivida en la existencia ordinaria, que arranque de lo más hondo del ser como poderoso anhelo de saber lo que somos y de resolver el problema radical de nuestra vida.

Prosigamos incansablemente tan importante indagación. Mantengamos permanentemente viva en nosotros esa pregunta. Y no admitamos respuestas a medias. Exijamos una respuesta auténtica, total y definitiva.

No tardaremos en descubrir que la fórmula en cuestión encierra una insospechada potencia transformadora y puede llegar a convertirse en la llave que nos abra las puertas del templo de la sabiduría.

